

Memoria y desmemoria

La memoria, abismo insondable

José H. Polo

Reflexión y defensa de la memoria sin la que, seguramente, no podríamos entender nada.



Julia Dorado

He estado a punto de olvidar el plazo para escribir y enviar este artículo, cosa nada extraña porque siempre gocé de fama de desmemoriado. Había ya tomado algunas notas, hace días, para pergeñarlos: lógicamente, las olvidé y no recordaba tampoco en cual de mis múltiples carpetas, archivos y cuadernos podía haberlas guardado. Confieso que la pícara fama no se refiere solo a mi desmemoria sino, además, a mi desorden. Las busqué sin hallarlas y abandoné la idea de utilizarlas. Sin embargo, cuando hoy entro en mi despacho,

dispuesto al fin, a darle a la tecla del ordenador, sin saber por qué y desde luego sin proponérmelo, me he dirigido a un estante de una librería, alargó la mano hacia un cuaderno medio escondido en una pila de libros colocados en horizontal, en decúbito supino —para que duerman mejor, sin duda— y entre sus páginas, me contemplan unas cuartillas guasonas con las dichas notas. Con razón decía Ramón Gómez de la Serna aquello de “tenía tan mala memoria que se olvidó de que tenía mala memoria y se acordó de todo”.

Este caso tan reciente evidencia que la memoria es caprichosa y se reserva, a veces, para ayudar cuando ya no se siente atosigada. Pero, otras, esa índole antojadiza, casi frívola, la lleva a jugar al escondite y actuar en contra de su en apariencia dueño y siervo en la realidad. Recuerdo aquella ocasión en que, viajando en un autobús urbano, alguien me dio un imprevisto y amistoso golpe en la espalda. Era para mí un desconocido, no recordaba haberlo visto nunca; por llevarle el aire y no entrar en explicaciones enojosas, fingí alegría y nos pusimos a charlar

como viejos amigos. Mantuvimos un diálogo absurdo: “¿qué, por allí bien?”, “bueno, la verdad es que, como siempre, ya conoces aquello”, “claro, en todos sitios pasa lo mismo”, “qué voy a decirte que tú no sepas”. Etc. Llegó mi interlocutor a su parada: se apeó del vehículo tras abrazarme efusivamente. “Tenemos que vernos más despacio, ¿eh?” Le noté algo raro en la mirada y pensé: éste se ha dado cuenta también de su desliz y tampoco me conoce. A las pocas horas, un amigo de trato frecuente me espetó: “¿sabes que me he encontrado con Fulano y me dijo que había estado charlando contigo en un autobús y que te había visto algo raro?: me pareció enfermo o drogado, diría que no me reconoció”. Fulano había sido un antiguo y común compañero con quien formábamos un trío inseparable.

Acaso la memoria está enfadada y un tanto harta por la escasa importancia que muchos le han dado, frente a las otras dos potencias del alma: entendimiento y voluntad.

Durante mucho tiempo, la memoria, ese fabuloso almacén que conserva y archiva nuestros recuerdos, ha sido habitualmente despreciada. Era propia de empollones sin caletre, de memorietas, por no llamarles simplemente tontos. Y algo había de ello. Recuerdo aquel compañero de Universidad al que un día sorprendí recitando, con los ojos cerrados, un capítulo de la parte general de Derecho Civil de un famoso hueso, el catedrático —por otro lado ilustre, como se abusaba decir entonces— Castro y Bravo. Según él, la única manera de aprobar con él era ésa, repetir como un loro la lección. Ante su gran asombro, el pobre chico quedó para setiembre. En realidad, lo despreciábamos casi todos. Sin embargo, acabó la carrera, se presentó a las oposiciones de abogados del Estado y las sacó a la primera. No sabía pensar, pero se sabía de pe a pa el programa. Lo cual

no debe conducirnos a santificar la memoria sino a dudar de lo acertado del sistema de oposiciones.

Porque la memoria ha de consistir en algo más fundamental, más útil y serio que el mero lucimiento del niño desparpajado de la clase cuando el colegio organizaba aquellas fiestas, con las mamás y los papás presentes y embobados, al ver al arrapiezo salir y, temblándole la voz, apoyándose alternativamente en un pie y en otro, anunciar *La canción del pirata, poesía*. Y allí iban el bajel y la luna rielando en el mar y, naturalmente, el lejano e incógnito Estambul. La memoria es importante sí, pero cambiante, errática, a menudo desconcertante. Suele prestarse a todo. No es raro que se desconfíe de ella. Recordemos — ¡siempre la memoria en danza! — que Unamuno, quien, por cierto, la tenía espléndida — afirmaba, poéticamente: “El abismo insondable es la memoria / y es el olvido gloria”. Tal glorificación de lo contrario al recuerdo no impide a don Miguel asegurar, en lugar distinto, este contradictorio deseo: “dormirse en el olvido del recuerdo”.

“ De ahí la angustia suprema de no tener memoria, de no saber de sí mismo, de olvidar lo que uno fue. ”

Llegados a este punto, es el momento de defender la memoria, preguntándonos qué seríamos sin ella, sin ese espacio de nuestro cerebro donde se custodian nuestros “médanos de oro”, como llamaba bellamente a los recuerdos Juan Ramón. “Somos nuestra memoria”, concluye Saramago, que meditó y escribió mucho sobre ella. Aquello de lo que se enorgullecía Blas de Otero, “me queda la palabra”, ¿de qué podía servirle la palabra si no iba acompañada de la memoria,

si nada pudiera traerle el recuerdo de sus significados? Tengo ante mí el *Romancero gitano* de Lorca. Leo: “Por el cielo va la luna / con un niño de la mano”. ¿Qué valen estas bellas palabras sin la memoria que me trae su sentido, ese recuerdo de su significado? Para quien la ha perdido, ¿qué es la luna?, ¿cómo es un niño?, ¿cuál es ese camino que llama el poeta cielo? De ahí la angustia suprema de no tener memoria, de no saber de sí mismo, de olvidar lo que uno fue. Díganselo a un enfermo de Alzheimer o, mejor, a sus prójimos que lo acompañan y le ven, día a día, convertirse en nada, porque la memoria y los recuerdos acumulados para él no tienen valor alguno.

No olvidemos que la memoria no es solo algo que se nos imponga siempre. A la hora de recordar, no sirve igual para todos y cada uno puede escoger entre sus recuerdos los que prefiere o le resultan más útiles. El pesimista, el atormentado y ansioso, que lo ve negro todo, seleccionará del depósito archivado los recuerdos malos, los que agudicen su estado depresivo y, por tanto, de poco le servirá la memoria. El optimista, en cambio, el que pone el énfasis en la alegría de vivir, empujado por su forma de ser, elegirá entre los recuerdos que le confirmen y afirmen su tendencia vital. Para él, la memoria será una verdadera fuente de beneficios. Los primeros experimentarán que la memoria, al fin, duele. El hombre acaba a menudo manipulándolo todo; por eso, a veces, sus recuerdos y la intención con que los maneja es tan poco fiable. Y, en ocasiones, ese dolor lo causa el hecho de que también pueden existir recuerdos enfermizos capaces de originar casi una infección patológica: la nostalgia. Pero la nostalgia y el olvido, auténtica desmemoria, darían para muchas más consideraciones y de mayor profundidad, excediendo de la cabida de este artículo.